

EL ARTE

Se considera generalmente el arte en sí, y se da margen a muchas aberraciones. De aquí el arte por el arte, que lo reduce a la sola satisfacción del sentimiento de la belleza; de aquí la falta de pensamientos y predominio de la forma sobre el fondo; de aquí que hombres con grandes dotes artísticas las consuman en temas frívolos y mueran sin dejar una obra que hable al entendimiento ni al corazón de los pueblos.

El artista es hoy, por lo general, un sér que vive fuera de su siglo. Ya reproduce creencias que murieron en las muchedumbres; ya busca su inspiración en las ruinas de lo pasado y levanta del sepulcro héroes que no comprende; ya falto de inventiva, se reduce a dar cuerpo a las fantasías de los poetas; ya, más humilde y rastrero, copia y embellece a la mujer que vió entre las enredaderas de una ventana, al soldado que vela en lo alto de un castillo, al mendigo que pasa, a la bohemia que canta al sol del medio día. Dibuja correctamente, se afana por no cometer anacronismos, compone lo mejor que puede, pliega bien los paños, y se da por satisfecho y orgulloso si acierta a presentar en sus cuadros brillante el raso, transparente el encaje. Pensamiento, fin social, fin humano, no suele tenerlos.

Murió no ha mucho un artista español que, sin haber jamás expuesto una de sus obras, llenó de su fama el mundo. Reunía facultades de composición y ejecución como nadie. Era espontáneo, fácil, fecundo. Cuando quería, apuntaba como Goya; cuando quería, detallaba como el más hábil miniaturista. Nadie sabía ejecutar como él entre sus contemporáneos. Satisfacía el sentimiento de la belleza; dejaba, como los demás artistas, frío el corazón de sus espectadores. Las

más de sus obras no eran sino juguetes artísticos. Examínese las, y no se verá tal vez en ninguna un argumento que pueda encender una noble pasión, una idea que ilumine la conciencia de un pueblo, algo que nos interese por los futuros destinos de nuestra especie.

Se observa la misma falta en la poesía. Escribe la poesía en verso como en tiempo alguno; abunda en galas de lenguaje, fácil y bello; pero vacía, sin ideal, sin norte. Por no vivir la vida de su siglo, se va haciendo cada vez más subjetiva, más quejumbrosa, más hipócrita, y, por consecuencia, más monótona y fría. Vuelve sin cesar sobre los mismos pensamientos, y hace eternas variaciones sobre unos mismos temas. Canta creencias que no tiene, o afecta un tedio que no siente ni nada legítima. A fuerza de querer encumbrarse, divaga por espacios que no conoce y cae en el lodo. Y si alguna vez baja a la vida real, o se pierde entre las tinieblas de la historia, o en las profundidades de una naturaleza que no comprende, o en las bajas regiones del sensualismo. No dirige, no ennoblece, no moraliza a nadie; no va ni lleva las generaciones a la lucha en que se decide la suerte de los hombres, por la justicia.

Se dice que no es siglo de arte ni de poesía; pero ¡cuán infundadamente! La humanidad sostiene sin tregua una lucha heroica, y esta lucha jamás ha sido tan grande ni tan ardiente como en este siglo. Todas nuestras facultades tienen sus límites, y trabajamos eternamente por romperlos. Encontramos el principal obstáculo en las colosales energías de la Naturaleza, y luchamos, no sólo por dominarlas, sino también por ponerlas a nuestro servicio. ¿Cuándo ha sido más viva que ahora esta lucha, ni cuándo hemos tenido más brillantes